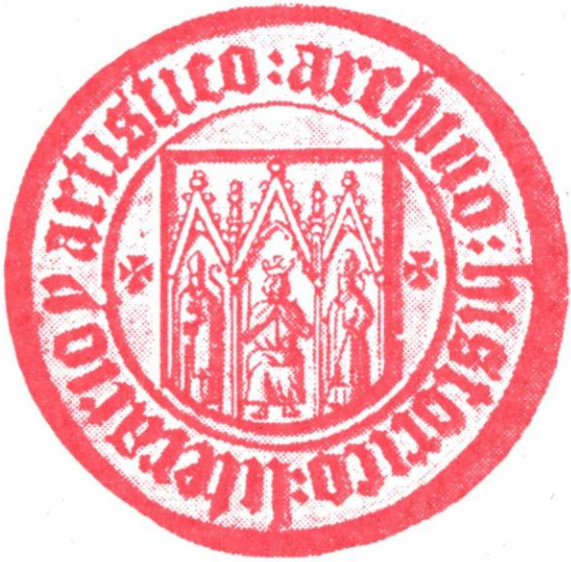
ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTóRICA, LITERARIA

Y ARTíSTICA

Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 1958. I.S.S.N. 0210-4067

Impreso en Gráficas del Sur - Becas, 10 - SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTóRICA, LITERARIA
Y ARTíSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2ª ÉPOCA
1993

TOMO LXXV
NÚM. 231

SEVILLA, 1993

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2ª ÉPOCA

1993 ENERO-ABRIL Número 231

Directora: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCIÓN

MIGUEL ÁNGEL PINO MENCHÉN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

RAFAEL GAMERO GARCÍA

FRANCISCO MORALES PADRÓN
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ
MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ
JOSÉ Mª DE LA PEÑA CÁMARA
VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO
CARLOS ÁLVAREZ SANTALÓ
JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ
PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ
ROGELIO REYES CANO
ESTEBAN TORRE SERRANO
ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ
JUANA GIL BERMEJO
ANTONIO MIGUEL BERNAL

SECRETARÍA Y ADMINISTRACIÓN:

CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
TELÉFONO 422 28 70 - EXT. 213 Y 422 87 31
41071 SEVILLA (ESPAÑA)

NÚMERO MONOGRÁFICO

José Blanco White

SUMARIO

Páginas

Número monográfico «Blanco White»

INTRODUCCIÓN 13

ARTÍCULOS

SECO SERRANO, Carlos: *La España de Blanco White* 17

PONS, André: *Blanco White y la emancipación hispanoamericana, El Español, 1810-1814* 31

AYMES, Jean-René: *La contraposición de los ideales políticos en la España de Blanco White (1808-1814)* 53

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *El exilio político en tiempos de Blanco White* 75

REYES CANO, Rogelio: *Blanco White y la literatura española* 89

ALBERICH, José: *Las cartas de España de Blanco White y los viajeros ingleses de la época* 105

MURPHY, Martin: *El español Blanco White en Inglaterra* 127

GARNICA SILVA, Antonio: *El heterodoxo Blanco White* 137

GIL GONZÁLEZ, J. M. y otros: *La Academia de Letras Humanas. Figuras estelares junto a Blanco* 155

CUEVAS, M. A: *Blanco White y el misterio de la noche* 173

LIBROS

TEMAS SEVILLANOS EN LA PRENSA LOCAL 187

CRÍTICA DE LIBROS

CARO, Rodrigo: *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla.* Antonio Castro Díaz 201

RAVINA MARTÍN, Manuel: *Catálogo de los documentos genealógicos del Archivo Histórico Provincial de Cádiz*. Antonia Heredia Herrera 205

BORRERO FERNÁNDEZ, Mercedes: *Andalucía. La España gótica*. Enrique Valdivieso 206

CÓMEZ RAMOS, Rafael: *La iglesia de Santa Marina de Sevilla*. José Fernández López 207

INTRODUCCIÓN

Recogemos en este número especial de *Archivo Hispalense* las conferencias del Seminario de Otoño que con el título de «José Blanco White y su tiempo» organizaron en el mes de septiembre de 1993 las Facultades de Filología y Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla y la colaboración de los Vicerrectorados de Extensión Universitaria de las Universidades de Sevilla y Cádiz.

Con este Seminario se celebraba académicamente el segundo centenario de la fundación de la Academia Particular de Letras Humanas de Sevilla, aquella especie de «universidad paralela» para el estudio de la Literatura y la Oratoria que organizó un grupo de jóvenes universitarios sevillanos en la última década del siglo XVIII. La Academia particular fue la mejor manifestación del Prerromanticismo sevillano, que posteriormente tendrá gran influencia en la vida política y literaria de España, como lo demuestran los nombres de algunos académicos: José Blanco White, Alberto Lista, Félix José Reinoso, Manuel María de Arjona y Manuel María del Mármol.

Las conferencias del Seminario se reunieron en dos grandes bloques temáticos, uno de ellos histórico, para situar la Academia y los académicos en las circunstancias históricas del tiempo, y otro literario-biográfico dedicado particularmente a la figura de José Blanco White. En la parte histórica, Carlos Seco Serrano, catedrático de la Universidad Complutense, sitúa a Blanco White en el contexto de la España de su tiempo; André Pons, profesor emérito en el Colegio Universitario de La Rochelle trata de un tema que ha estudiado durante mucho tiempo con todo detalle: la influencia de Blanco en la independencia hispanoamericana; J. R. Aymes, de la Universidad de París, de los diferentes ideales políticos de la España de Blanco, y Rafael Sánchez Mantero, catedrático de la Universidad de Sevilla, trata el tema general de la emigración de los políticos españoles en el tiempo de Blanco.

En el aspecto literario y biográfico, Rogelio Reyes Cano, catedrático de la Universidad de Sevilla, analiza la relación de Blanco con la tradición literaria española; José Alberich, profesor emérito de la Universidad de Exeter, encuadra las *Cartas de España* entre los relatos de los viajeros ingleses de la época; Martin Murphy, tutor en la Universidad de Oxford,

habla de la vida de Blanco en Inglaterra; Jesús Díaz, profesor de la Universidad de Sevilla, sobre la obra poética de Blanco, y Antonio Garnica, catedrático de la Universidad de Sevilla, sobre la heterodoxia de Blanco.

Los participantes de la mesa redonda sobre la Academia Particular, Dres. J. Matías Gil, Juan Naveros, Juan Rey y Antonio Ríos, investigadores de Alberto Lista, Manuel María de Arjona, Manuel María del Mármol y Félix José Reinoso, respectivamente, hacen un estudio de lo que fue aquella sorprendente institución.

Antonio GARNICA SILVA
Rafael SÁNCHEZ MANTERO
Directores del curso

BLANCO WHITE Y LA LITERATURA ESPAÑOLA*

Una de las notas distintivas del espíritu de la Ilustración es, sin lugar a dudas, su tendencia a la crítica y a la revisión intelectual. El siglo XVIII fue, antes que nada, un siglo profundamente revisionista, que a la luz del conocimiento racional, somete a relectura crítica las más importantes nociones culturales heredadas. Ya lo había anticipado en el siglo XVII el pensador alemán Leibnitz: «Nada más útil para conseguir la felicidad que la luz del intelecto, así como ejercitar la voluntad en actuar siempre según el intelecto». Es decir, colocar la razón en el punto más alto de la actividad humana, como pauta de la conducta del hombre. Y un compatriota suyo, el filósofo Inmanuel Kant, a caballo entre el XVIII y el XIX, lo confirma con estas palabras: «La Ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad e incapacidad para servirse, sin ser guiado por otros, de su propia mente. Y esta minoría de edad es imputable a él mismo porque su causa estriba, no en la falta de mente, sino en la falta de decisión y del valor, del valor de utilizarla sin ser guiado por nadie. *Sapere aude¡* ¡Ten el valor de servirte de tu propia mente¡ Este es el fundamento de la Ilustración».

La fidelidad a este postulado racionalista hace del hombre ilustrado un hombre profundamente crítico, que reconsidera y revisa el pasado, que parte de la duda metódica cartesiana para encarar desde presupuestos innovadores el legado intelectual que ha recibido en herencia. Esa y no otra es la actitud

---

(*) Este texto refleja exactamente, sin cambio alguno, la conferencia pronunciada por mí dentro del ciclo sobre Blanco White organizado por la Universidad de Sevilla en septiembre de 1993. Prescindo, por lo tanto, de notas a pie de página, aunque deseo manifestar que mi aportación al tema de la literatura española en Blanco se ha servido fundamentalmente de las ediciones de la *Autobiografía*, Sevilla, Universidad, 1975 y de las *Cartas de España*, Sevilla, Universidad, 1972, de Antonio Garnica. He manejado asimismo una fotocopia del periódico *Variedades* de Blanco que el profesor Garnica ha tenido la amabilidad de facilitarme.

de los enciclopedistas franceses, quienes redactan de nuevo los grandes temas del conocimiento humano, en un intento de reescribir y trasladar a sus contemporáneos una nueva visión de las cosas. Y ese es también, en esencia, el espíritu de un personaje prototípico de la Ilustración, el erudito, indagador paciente de archivos y bibliotecas, lector atento, pertrechado de nuevo instrumental crítico, de papeles y documentos antiguos, animado del deseo de esclarecer el pasado, de conocer la historia y por lo tanto de desvelar así el presente.

No es preciso ponderar lo que la historia de la literatura debe a ese prurito indagador de la erudición dieciochesca, sin cuyo concurso se hubieran quedado en penumbra no pocas zonas de la tradición literaria española que hoy conocemos gracias precisamente a esa labor. Hay que contar, desde luego, con la acción en pro de la literatura que protagonizaron academias y tertulias. Las oficiales (la de la Lengua, en 1713; las de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla, más tarde, ésta en 1751) y las privadas (Academia del Buen Gusto, Tertulia de la Fonda de San Sebastián, salones de Pablo de Olavide...). También con la prensa especializada, como el *Diario de los literatos de España*. Pero sobre todo con el concurso de eruditos y estudiosos, gracias a los cuales han llegado hasta nosotros obras fundamentales que tal vez se hubieran perdido para siempre. Este sería el caso del códice del *Poema del Mío Cid*, editado por Tomás Antonio Sánchez, quien en su valiosa *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* edita por primera vez y estudia los cantares de gesta. A otro importante estudioso dieciochesco, Gregorio Mayans, debemos, por ejemplo, la primera edición del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, las *Obras y traducciones poéticas* de Fray Luis de León, los textos del *Cancionero General* de Hernando del Castillo y la primera biografía de Cervantes, que puso al frente de su gran edición del *Quijote* de 1737. Cerdá y Rico, por su parte, publicó la *Diana enamorada* de Gil Polo, las *Coplas* de Manrique, las obras de Lope de Vega... La lista podría ampliarse, pero pueden bastar estos datos como ejemplo del amor por nuestro pasado literario que sienten los hombres del XVIII. La generación de Arjona, Lista, Mármol, Reinoso, Blanco, etc. heredó, sin duda, ese sentimiento, volcado muy particularmente en los grandes líricos del Siglo de Oro sevillano: Fernando de Herrera, Rioja, Arguijo, Rodrigo Caro... en los que ellos veían no sólo una altísima calidad literaria sino un estímulo para la creación y un modelo de decoro verbal, rigor poético y cultura.

Sabemos que casi todos los miembros de ese grupo sevillano al que Blanco pertenece se interesan no sólo por la creación literaria, como tal, en la que destacan sobre todo como poetas, sino también (sobre todo Alberto Lista) por la dimensión teórica de la literatura, escribiendo estudios de poética y retórica, reflexiones sobre estética, etc. Pero no son estos aspectos los

que hoy quiero considerar en el caso de Blanco. Es decir, ni el Blanco literato ni el Blanco teórico de la literatura, sino más bien el Blanco lector, el hombre que enjuicia los textos literarios españoles –los del pasado y los del presente– desde el criterio personal –y a la par tan dieciochesco– del «buen gusto». Blanco, como han puesto de relieve sus biógrafos y estudiosos, fue un hombre de muy ricas y variadas lecturas, entre las que hay que señalar textos de teología y filosofía, moral, teoría política, etc. Otros colegas están hablando dentro de este curso del peso que esas y otras disciplinas ejercieron en su conformación mental de signo religioso y en su postura política. Yo me voy a centrar solamente en su interés por la literatura española, para ver en qué medida conecta o se aparta de las ideas dominantes en su tiempo. Comencemos para ello explicando cómo, cuándo y con qué consecuencias se inicia en ese mundo de las lecturas literarias.

El primer contacto con el mundo de la literatura lo tuvo Blanco cuando aún era un niño, entre los seis y los ocho años. Y no fue con un texto español sino con la novela francesa *Telémaco* del escritor, orador y teólogo Fénelon, que su padre tenía en versión castellana entre los escasos libros de su biblioteca. Si damos crédito a lo que nos cuenta en su *Autobiografía*, «lo había leído tantas veces a mis seis o siete años de edad que casi me lo sabía de memoria. El efecto que produjo en mi imaginación fue poderosísimo, pero su influencia no se limitó a esta facultad. Es un hecho curioso que mi primera duda sobre la verdad del cristianismo se originará con la lectura de aquel libro poco antes de que cumpliera los ocho años».

Telémaco no era en verdad un libro de apariencia peligrosa. Fénelon lo había escrito como una especie de «aviso de príncipes» destinado a la formación en la historia y en la literatura clásica de su discípulo, el joven duque de Borgoña, nieto de Luis XIV; y narra cómo la diosa Minerva guía a Telémaco, hijo de Ulises y Penélope, e infunde en su alma el amor a la virtud, la gloria y la justicia. Todo ello sirviéndose de motivos clásicos y mitológicos y escrito en un estilo armonioso. Como armonía entre mundo clásico y cristianismo era lo que al parecer buscaba el escritor francés. ¿Qué pudo descubrir entonces el niño Blanco en semejante obra, ya que en lugar de constatar esa supuesta armonía lo que en realidad sintió fue una indeterminada pero ya sintomática reserva sobre la solidez de sus creencias cristianas? Sin duda se sintió fascinado por la belleza de los mitos, por el encanto de unos cultos y unos personajes que despertaron su simpatía y le movieron a una intuitiva comparación con la mayor sobriedad de las representaciones cristianas. «Me sentía –dice– muy identificado con los principales personajes de la historia, y la diferencia entre su religión y la mía me sorprendió extremadamente, hasta el punto de que mi admiración por su sabiduría me sugirió la cuestión de cómo podíamos estar tan seguros de que estaban equi-

vocados aquellos que daban culto a su religión de tal manera y no nosotros» (*Autobiografía*). Esta reflexión de niño avispado que se siente atraído por la belleza de la mitología clásica me recuerda inevitablemente un episodio muy parecido protagonizado por otro escritor-niño de Sevilla. Me refiero al poeta Luis Cernuda, a quien el descubrimiento infantil de los mitos grecolatinos produjo idéntica mezcla de deslumbramiento estético e inquietud intelectual. Lo cuenta en un bello pasaje de *Ocnos* el niño Albanio, aún no expulsado del paraíso sin tiempo de la infancia:

«Bien temprano en la vida, antes que leyeses versos algunos, cayó en tus manos un libro de mitología. Aquellas páginas te revelaron un mundo donde la poesía, vivificándolo como la llama al leño, trasmutaba lo real. Qué triste te apareció entonces tu propia religión. Tú no discutías ésta, ni la ponías en duda, cosa difícil para un niño; mas en tus creencias hondas y arraigadas se insinuó, si no una objeción racional, el presentimiento de una alegría ausente. ¿Por qué se te enseñaba a doblegar la cabeza ante el sufrimiento divinizado, cuando en otro tiempo los hombres fueron tan felices como para adorar, en su plenitud trágica, la hermosura?

Que tú no comprendieras entonces la casualidad profunda que une ciertos mitos con ciertas formas temporales de la vida, poco importa: cualquier aspiración que haya en ti hacia la poesía, aquellos mitos helénicos fueron quienes la provocaron y la orientaron. Aunque al lado no tuvieses alguien para advertirle del riesgo que así corrías, guiando la vida, instintivamente, conforme a una realidad invisible para la mayoría, y a la nostalgia de una armonía espiritual y corpórea rota y desterrada siglos atrás de entre las gentes».

Cernuda era un temperamento lírico y el conocimiento de los mitos clásicos fue la chispa que marcó para siempre su apuesta por el ámbito intemporal e invisible de la poesía. Blanco era más bien un temperamento crítico y su lectura del *Telémaco* despertó sobre todo su natural instinto de disidente. De ahí los escrúpulos de conciencia que acompañaron al inocente episodio juvenil y sobre todo el valor de símbolo que el mismo Blanco otorga a esa lectura:

«Cuando llegó el día –dice– de ir al confesonario y me puse a leer el catálogo de pecados que se encuentra en el libro de la *Preparación*, me di cuenta de que tenía que acusarme de dudas contra la fe. En este mismo momento me parece que estoy viendo el confesonario y las facciones del dominico que me confesaba: se llamaba Padre Baena y era un hombre gordo, sonrosado y simpático, que sin embargo era teólogo consultor de la Inquisición y odiaba a los herejes con toda su alma, como era su deber. Al acusarme de mi pecado no dejé de añadir mis razones. El fraile se sorpren-

dió tanto que se dejó caer contra el respaldo de su asiento, pero, sobreponiéndose y usando la expresión más cariñosa que tiene la lengua española para dirigirse a un niño, me preguntó: *Angelito, ¿qué libros lees?* Le contesté con toda naturalidad que el *Telémaco*. Al oír mi respuesta el fraile sonrió y aconsejándome que no me calentara la cabeza con estos pensamientos, me absolvió de todos mis pecados sin que si ni siquiera me prohibiera seguir leyendo el libro, causa inocente de mi escepticismo. Creo que si hubiera poseído siquiera una pequeña parte de espíritu profético me hubiera retorcido con gusto el cuello, previendo que vendría un tiempo en el que aun los herejes, a todos los cuales él hubiera quemado con los mayores transportes de alegría, me llegarían a encontrar demasiado hereje para su gusto» *(Autobiografía)*.

He aquí, pues, una primera cosa a anotar: en el origen de la futura increencia de Blanco, en la base de su proverbial escepticismo posterior, está la literatura, el *Telémaco*, no un libro doctrinal o filosófico, no la obra de un hereje, sino un inocente texto de mitología que, eso sí, desplegó ante los asombrados ojos del niño de ocho años toda la magia poética del mundo clásico, y de rechazo acentuó, como en Cernuda, los perfiles más graves, secos y demasiado realistas de la mitología cristiana. El *Telémaco* le inoculó, pues, por el camino de la belleza literaria, un virus (el de la duda intelectual) que no había de abandonar a Blanco a todo lo largo de su agitada existencia, comulgando primero con la verdad católica, luego con los anglicanos y más tarde con ese cristianismo sin iglesias del que habló en los últimos años de su vida.

Pero no queda ahí la posible influencia del *Telémaco* y en general de la mitología grecolatina. Muchos años más tarde, en 1802 y 1803, Blanco vivió una profunda crisis religiosa. Ya era capellán real de la catedral de Sevilla, pero en su fuero interno deseaba romper con su condición sacerdotal. «Dejar mi profesión –escribe– era [sin embargo] imposible: las leyes de mi país lo prohiben e interpretan el abandono voluntario del oficio sacerdotal como prueba evidente de herejía, que está condenada con pena de muerte. A no ser que me fuera del país no tenía más remedio que seguir actuando como sacerdote. Pero ¿cómo iba a dejar mi patria sin asestar a mis padres un golpe mortal? ¿Había algo capaz de justificar una medida que produciría tan terribles consecuencias?» *(Autobiografía)*.

Ante el dilema, Blanco se aferra a una solución de compromiso que pronto se le revela engañosa, pero que no deja de ser una recurrencia, ya en su edad madura, al infantil influjo del *Telémaco*. Y escribe: «Abrumado por estas irreconciliables alternativas, mi mente y mi corazón recurrieron a la idea de que los hombres sensibles del paganismo debieron haberse encon-

trado en circunstancias parecidas. Así que me dije a mí mismo: Si ellos se conformaron externamente con los ritos religiosos de sus países y adoraron al verdadero Dios en su corazón, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo? No me ofreceré para puestos de importancia en la Iglesia ni simularé celo proselitista: procuraré mostrarme digno de la confianza que depositen en mí como confesor y animaré siempre a los demás a que cumplan con sus deberes morales; a los que estén en dificultades los consolaré y aconsejaré de la mejor forma que pueda» *(Autobiografía)*. Pretensión, como vemos, de vivir una religión íntima y personal al margen de los ritos. El mundo clásico, una vez más, como modelo de comportamiento. Sólo que, como el propio Blanco reconoce, «bien pronto iba a desvanecerse la teoría sobre la que había basado mis esperanzas de vivir una religión filosófica». La influencia del mundo clásico en la conformación mental de nuestro autor no se quedó, sin embargo, en el *Telémaco*. Muchos años más tarde, cuando ya vivía en Inglaterra, se aficionó con gran voluntad al estudio del griego, de forma que, como él mismo nos dice, hacia 1814, «cuando terminé la publicación de *El Español*, me había leído [en esa lengua], la Ilíada, la Odisea, Heródoto...» y los más importantes autores helénicos. La mitología precozmente asimilada en el libro francés se reavivaba así en los años de madurez como una constante en los gustos literarios de nuestro autor.

Ese fue, digamos, el primer episodio «literario» de la vida de Blanco. A través de un libro francés como el *Telémaco*. En el conocimiento de la literatura española se inició nada menos que con el *Quijote*. Como tantos niños españoles, accedió casi por azar a una edición del libro de Cervantes y encontró en él una inesperada fuente de placer. No obstante, esa lectura tuvo también, como en el caso del *Telémaco*, cierto sentido transgresor, habida cuenta del grave ambiente familiar (sobre todo por el rigor paterno) en el que Blanco vivió su niñez. Así nos cuenta él mismo el lance en su *Autobiografía*, cuando sólo tenía catorce años:

«Teniendo en cuenta –dice– la desventaja con que empecé a ir a la escuela, mis progresos fueron satisfactorios para mi maestro. A poco de cumplir los catorce años, y como perseveraba en mi intención de hacerme sacerdote, me hicieron comenzar el estudio de la Filosofía, para el cual, según declaración de los directores espirituales de mis padres, no hacía falta un profundo conocimiento del latín. De hecho apenas era capaz de entender a Cicerón y Virgilio cuando tuve que dejar la escuela de latinidad.

Mi desconocimiento de otras materias, aunque no mayor que el normal en muchachos de mi edad y condición, era total. El único libro que había podido leer era la vida de los santos, en la traducción española del *Année Chretien*, libro devoto de gran circulación. El maestro de música que me daba

clases particulares en este último período en que mi atención estaba dividida entre el oficio mercantil y la gramática latina, me prestó un ejemplar del *Quijote*, que leí a escondidas. No recuerdo satisfacción y placer más grande que el que experimenté cuando, teniendo bien cuidado de ocultar el *Quijote* a la inspección de mis padres, me lo devoraba a escondidas en la pequeña habitación que me habían designado para que pudiera estudiar con sosiego. Porque aun el *Quijote* estaba considerado por mi padre como libre peligroso».

Es interesante esta declaración de Blanco sobre el libro cervantino tanto por lo que supone de inclinación infantil a la lectura literaria como porque refleja la progresiva atención al *Quijote* que venía dándose en España desde la época ilustrada. Poco a poco el *Quijote* se leerá cada vez menos como un simple libro de risas para buscar en él una trascendencia y una intención crítica de la vida española, tal como escribió Cadalso en el prólogo a sus *Cartas marruecas:* «Desde que Miguel de Cervantes compuso la inmortal novela en que criticó con tanto acierto algunas costumbres viciosas de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado con otras, se han multiplicado las críticas de las naciones más cultas de Europa en las plumas de autores más o menos imparciales». Sin duda al niño Blanco le estaría vedado todavía ese sentido crítico que Cadalso y otros ilustrados vieron en el *Quijote*, que para él no sería sino una sarta de divertidas aventuras que le proporcionaron, como dice, el placer más grande de su corta experiencia lectora infantil. Pero comenzar por la obra de Cervantes parece todo un símbolo para quien, andando el tiempo, había de ser uno de los espíritus más críticos de su época y también uno de los más perspicaces lectores de nuestra literatura.

Otro autor clave en la formación literaria del joven Blanco fue el padre Feijoo. Si el *Quijote* le había llegado a los catorce años de la mano de su maestro de música, las obras del agudo fraile benedictino le llegaron un año después por medio de su tía Anica, una señora –dice Blanco en la tercera de sus *Cartas de España*– «cuya educación había sido superior a la que se le suele dar a las damas españolas» y que «tenía una pequeña colección de libros españoles y franceses». «Entre ellas –sigue diciendo– estaban las obras de fray Benito Feijoo, monje benedictino que, levantándose sobre el nivel intelectual de España al principio del presente siglo [se refiere al XVIII], tuvo la osadía de atacar todos los errores establecidos que no estaban amparados bajo el inmediato patrocinio de la religión. Gozaba de una clarísima y aguda inteligencia, y por medio de la lectura de muchas obras latinas y francesas había adquirido una gran cantidad de conocimientos sobre temas filosóficos e históricos, que dio a conocer con peculiar felicidad de expresión en una gran serie de Discursos y Cartas, que forman una obra de catorce volúmenes de impresión compacta.

No sin dificultad logré permiso para probar si mi inteligencia, que hasta entonces había permanecido completamente baldía, tenía bastante fuerza para entender y saborear a Feijoo. Pero el contenido de sus páginas cayó en mi alma como las lluvias primaverales en una tierra sedienta».

Como hemos visto, la influencia de Feijoo debió afectar a dos dominios diferentes de la formación del niño Blanco. En primer lugar, al estrictamente intelectual, pues Feijoo representaba el espíritu crítico, la introducción en España de la filosofía racionalista y empirista europeas y el ataque al aristotelismo escolástico imperante en la formación universitaria de la época, a las entonces célebres «disputas» que Blanco padeció sobre todo en el colegio de los dominicos de Sevilla. Como ha escrito Vicente Llorens, «allí [en ese colegio] se seguía hablando del horror al vacío; pero Blanco, que había adquirido otros conocimientos científicos leyendo a Feijoo, se atrevió un día a replicar con engreimiento infantil a las explicaciones del maestro» («Introducción» a *Cartas de España*).

Feijoo enseñó a Blanco a pensar, a argüir, a litigar con la inteligencia: supuso algo así como una gimnasia mental que le dio nuevas alas y lo introdujo sutilmente en la duda cartesiana y en el escepticismo como punto de partida para la reflexión intelectual. «Es verdad –escribe– que [después de leer a Feijoo] mis conocimientos estaban limitados a unos cuantos hechos físicos e históricos, pero de repente había aprendido a razonar, a argüir, a dudar. Para sorpresa y alarma de mis buenos familiares en pocas semanas me convertí en un escéptico que, sin poner en dudas las verdades de la religión, no dejaba pasar ninguna de sus otras creencias con el valor que ellos les daban» *(Cartas de España)*. Pero Feijoo fue también para Blanco un modelo estilístico, pues escribía –dice– «con un estilo agradable y popular», con una «peculiar felicidad de expresión» que hizo posible que las ideas del fraile cayesen en su alma «como las lluvias primaverales en una tierra sedienta». Como modelo literario, Feijoo supuso a comienzos del siglo XVIII una clara superación de la prosa farragosa y artificiosa del Barroco y una búsqueda de los ideales de naturalidad, laconismo y precisión que después cuajarían en Cadalso, en Jovellanos, en Moratín, es decir, en los mejores prosistas del siglo. En ese sentido fue indiscutible maestro de todos cuantos hicieron de la prosa el mejor vehículo de la verdad, y por lo tanto el instrumento literario prototípico del mundo ilustrado. Blanco se percató, pues, de esa novedad estilística del maestro benedictino, que se apartaba ya del verbalismo escolástico e insuflaba aire fresco en las áridas cuestiones filosóficas. No me parece del todo ajeno a esta admiración por Feijoo el título de *Cartas* que Blanco dio a su texto sobre España escrito en inglés. *Cartas* era desde luego un título de gran fortuna en todo el siglo XVIII (Montesquieu, Cadalso, y ya en Inglaterra Robert Southey, que sirvió de

modelo a Leucadio Doblado, es decir, al propio Blanco). Pero Feijoo fue el primero que en España lo empleó *(Cartas eruditas y curiosas)*, no para la literatura de viaje, como habían hecho Montesquieu, Cadalso o Southey, sino para hablar natural y sosegadamente (como hace Blanco) sobre las cosas de su propio país.

Ya tenemos, pues, al Blanco de los primeros años alimentado por varias referencias literarias fundamentales: el *Telémaco* o el poder de la imaginación poética; el *Quijote*, o el atractivo de la ficción, la aventura y la risa; y la prosa de Feijoo, ejemplo de literatura crítica, del buen estilo puesto al servicio de la verdad racional. Son todas ellas lecturas infantiles, hechas sin una dirección precisa, pero sin duda claves en la formación del gusto de nuestro autor. Con este bagaje literario inicia en 1790 sus estudios universitarios. Tiene sólo quince años y se ha librado por fin del tedioso colegio de los dominicos. En la Universidad conocerá y hará amistad con dos jóvenes que lo marcaron profundamente: Manuel María del Mármol, sevillano, más tarde rector de la Universidad, Director de la Academia de Buenas Letras e interesante poeta de signo neopopularista; y Manuel María de Arjona, nacido en Osuna y colegial de Santo Tomás, después sacerdote y verdadero artífice de la renovación poética sevillana. No me corresponde a mí hablar del ascendiente moral e intelectual que ambos ejercieron sobre él, especialmente Arjona, bajo cuya fama de hombre piadoso y sosegado, Blanco detectó «algo que lo llevaría necesariamente a un futuro enfrentamiento con la religión del país» *(Autobiografía)*. Sólo quiero ceñirme a lo que los dos significaron en su formación literaria. Y si Mármol le dio a conocer a los poetas españoles, el papel de Arjona fue mucho más determinante, pues se convirtió pronto en su auténtico mentor, en verdadero tutor de Blanco en el sentido anglosajón de ese término; es decir, orientador, consejero y amigo. Y en esa tutela intelectual no faltaron los incentivos literarios, destinados a la formación del gusto del ya adolescente Blanco: el estudio de la *Retórica* de Quintiliano; la lectura francesa de las tragedias de Racine: el conocimiento, en italiano, del tratado *Della perfetta poesia* de Muratori, fuente de la *Poética* de Luzán; y hasta el ánimo que le dio Arjona para que Blanco hiciera sus primeros pinitos literarios de auténtico empeño: «Siendo yo muy joven –dice– había escrito algunas poesías breves en mi lengua nativa, pero entonces, bajo su dirección, comencé a atreverme con proyectos más serios y difíciles» *(Autobiografía)*. Las habitaciones de Arjona en el colegio de Santa María de Jesús eran en verdad una especie de salón o improvisada tertulia dieciochesca, a la que, además de Blanco, se incorporaron muy pronto los jóvenes Félix José Reinoso y Alberto Lista («de gran talento y con un gusto natural por la poesía», al decir de Blanco), que pronto serían dos notables literatos de la llamada Segunda Escuela Poética sevillana. Allí, bajo la

experta dirección de Arjona, se leían y comentaban textos, se daban a conocer primicias literarias, se debatían cuestiones de estética... todo ello en un clima de grata camaradería y sano esparcimiento, como dice Blanco: «Las habitaciones de Arjona –escribe– se convirtieron en nuestro lugar favorito y [de] frecuentes reuniones de diversión literaria (porque verdadero placer y diversión eran para nosotros aquellos estudios, especialmente si los comparábamos con los que teníamos que seguir en la Universidad» *(Autobiografía)*. Aquello funcionaba, en suma, como una pequeña academia. No puede sorprendernos, pues, que en 1793, se decidan a darle oficialidad y funden la llamada Academia Particular de Letras Humanas, proyección pública de las inquietudes de los cuatro amigos y nacida con la pretensión –dice Blanco– «de cultivar la elocuencia y la poesía». La trascendencia que tuvo esa academia en la Sevilla literaria de aquel tiempo ha sido objeto de una mesa redonda dentro de este mismo ciclo de conferencias y por lo tanto no debo extenderme más. Me limitaré sólo a subrayar lo que sobre ello dice el propio Blanco: «Nuestro ejemplo no se perdió en la Universidad. Poco a poco se fue extendiendo una afición por la literatura entre los estudiantes y aunque la Universidad como institución no se tomó el menor esfuerzo en la promoción de estos estudios, sin embargo la Sociedad Patriótica de Sevilla instituyó poco tiempo después una cátedra de Bellas Letras. Como la pobreza del país en aquellos años era tan grande que no había forma de conseguir ayuda económica del Gobierno para financiar el proyecto de la Sociedad Patriótica, recibí la invitación de hacerme cargo de la cátedra sin remuneración, lo que cumplí por espacio de dos años» *(Autobiografía)*. Ya tenemos, pues, a Blanco, como pionero de la enseñanza de la literatura en Sevilla, mucho antes de que la Universidad se decidiera a incluir esa disciplina (las llamadas entonces Bellas o Buenas Letras) en sus planes de estudio. Todos los que enseñamos literatura en nuestra hoy Facultad de Filología somos en buena medida continuadores de aquellas inquietudes de los colegiales y amigos de Arjona.

Conociendo sus ideas literarias, podremos figurarnos los gustos de Blanco. Ante todo el lema de la Academia: «Para ser poeta no es suficiente el buen gusto sin el genio». Postulado claramente ecléctico, que concilia un concepto dieciochesco (el «buen gusto») con otro de filiación romántica (el «genio»). Recordemos a Bécquer, rima III. La poesía es el producto de dos fuerzas en tensión: razón e inspiración:

Con ambas siempre en lucha,
y de ambas vencedor,
tan sólo el genio puede
a un yugo atar las dos.

Está por hacer todavía una detenida valoración de lo que Bécquer debe a esa generación de ilustrados-románticos sevillanos, bajo cuyo influjo se inicia en la poesía. Sabemos que pudo oír disertar a Alberto Lista en el Colegio de San Diego, luego Instituto San Isidoro, donde tuvo como profesor a otro discípulo de Lista: Francisco Rodríguez Zapata. Cuando muere don Alberto, el jovencísimo Gustavo Adolfo le dedica una oda neoclásica, afín a los gustos del maestro, quien debió influir, a través de sus seguidillas y otras formas popularistas, sobre la misma factura formal de las *Rimas*. Y una curiosa coincidencia, esta vez con Blanco. Los dos poetas –Blanco y Bécquer– aspiran en su juventud a un mismo objetivo profesional: la carrera de náutica. Bécquer, como es sabido, la inicia muy niño en el Colegio de San Telmo, pero su cierre le obliga a abandonarla. Blanco no llega a tanto, pero poco antes de recibir el subdiaconado, con 20 años, lleno de dudas de conciencia sobre su vocación sacerdotal, escribe: «Propuse que me dejaran ingresar en la Armada, porque en aquel tiempo los marinos recibían una esmerada educación científica y yo no era capaz de resignarme a una vida de ignorancia. Mi madre se daba cuenta de ello y, probablemente con la aprobación de los teólogos que consultó al respecto, no me dejó ninguna alternativa: tendría que volver al odiado escritorio del cual me había escapado para buscar refugio en la Iglesia. No tuve más remedio que ceder y al hacerlo así, la alegría de secar las lágrimas de mi madre me pareció que renovaba mi vocación por la profesión eclesiástica» *(Autobiografía)*.

Pero volvamos al mundo académico. La Particular de Letras Humanas aspira a difundir el buen gusto, pero no desprecia el genio, y esto tiene mucho que ver, a mi juicio, con el tono de desgarro romántico de la poesía última de Blanco, la de sus años de Liverpool. El poeta que empieza escribiendo anacreónticas y odas clasicistas a la Inmaculada terminará exhalando pasión metafísica y angustia existencial. Claro que sin perder el decoro verbal, la dignidad poética que los miembros de la Academia defendían acérrimamente frente al coplerismo ramplón que inundaba la ciudad a fines del XVIII. Pasemos revista a sus cursos académicos. Reinoso explica a Garcilaso, a Fray Luis de León, a Villegas (es decir a los modelos del Siglo de Oro), pero también a Meléndez Valdés, a Leandro Fernández de Moratín (es decir, a los nuevos «clásicos» contemporáneos). Lista habla de Poética castellana y de las *Filípicas* de Cicerón. Y Blanco de Retórica y Oratoria griega, es decir, de disciplinas graves, fundacionales, básicas para la formación del gusto literario. Pronto fue un hombre impuesto en lo que hoy llamamos la teoría literaria, pues además del libro de Muratori, había leído los *Principios filosóficos de la literatura* de Batteaux, y tal vez a otros teóricos franceses como Rollín, André y Laharpe, lo que explica que poco después Blanco pronunciara en la Sociedad Económica de Amigos del País su conocido

Discurso sobre la Poesía. La actividad académica tuvo para él mucho de espontáneo esparcimiento. Lo dice en su *Autobiografía*: «porque verdadero placer y diversión eran para nosotros aquellos estudios, especialmente si los comparábamos con los que teníamos que seguir en la Universidad».

Después de estas experiencias universitarias, los primeros años del siglo XIX marcan, como es sabido, el comienzo de la crisis de conciencia de Blanco, y por otra parte se precipitan los acontecimientos que habían de llevar a España a la guerra de la Independencia, con las consecuencias biográficas que todos conocemos. Decidido a abandonar Sevilla, parte para Madrid en 1805, y lo hace a través de Salamanca, donde conoce a Meléndez Valdés. Ya situado en la capital de España, asiste a la tertulia de Quintana. Esos contactos con los dos grandes poetas nacionales, sobre todo con el segundo, obedecen en principio más a móviles ideológicos y morales que estrictamente literarios, pero nos hablan de su familiaridad con el mundo de la creación lírica. Mundo que Blanco, si no abandona del todo, sí debió relativizar a su vuelta a Sevilla en 1809, afanado como estaba en la redacción de los temas políticos en el *Semanario Patriótico,* órgano de la Junta Central. Esa fuerte preocupación política sigue siendo todavía el signo de los artículos del periódico *El Español,* que Blanco publica ya en su exilio inglés entre 1810 y 1814. Mucho más literario será el carácter del periódico *Variedades,* también editado por él entre 1823 y 1825. Era éste no un órgano de opinión política sino un periódico informativo ilustrado con grandes láminas y estampas galantes, que aspiraba, según confiesa su autor, a ser «un vehículo de informaciones útiles para unos pueblos [los de la América española] que hablan una lengua en la que no abundan libros que los orienten y eduquen dadas las circunstancias públicas en que viven» *(Autobiografía)*.

El objetivo misceláneo y el tono divulgativo de *Variedades* hacían del periódico un órgano muy adecuado para la información literaria. No tanto de la actualidad, sino más bien de los grandes autores y textos de la antigüedad española. Y es en estos momentos –en los 9 números de que consta la colección de *Variedades*– cuando Blanco fue desgranando, número tras número, sus más importantes ideas sobre la literatura nacional. Ideas que analizadas desde la perspectiva actual traslucen un gran sentido crítico y una perspicacia lectora ciertamente grandes y nos sitúan frente a importantes cuestiones de dos grandes períodos de nuestro pasado literario: la Edad Media y el Siglo de Oro.

La clave del interés de Blanco por el pasado literario español y muy concretamente por la Edad Media está, como ha subrayado Vicente Llorens *(Liberales y románticos...)*, en la atmósfera romántica que se respiraba en Inglaterra ya desde los primeros años de su estancia, es decir, a partir de

1810. No olvidemos que Blanco venía de una España todavía muy ligada, en lo literario, a los gustos dieciochescos, tan patentes en el grupo poético sevillano al que pertenecía. Por eso es, entre todos los autores españoles de su tiempo, un verdadero pionero en el conocimiento de la sensibilidad romántica europea, con su gusto por la Edad Media, su pasión orientalizante, su atención al teatro y –no lo olvidemos– su proclividad a mirar a España como un verdadero «país romántico» avant– la lettre. España, no hace falta recordarlo, se pone de moda entre los escritores europeos, y Blanco, desde su natural conocimiento de nuestro país, se suma en el periódico *Variedades* a ese culto a nuestro pasado medieval, teñido de fantasía y de orientalismo. Él fue, ya en Inglaterra, prácticamente coetáneo de las obras de Woordswoth, Coleridge, y sobre todo de Byron y Walter Scott, algunas de cuyas obras comenta para los lectores españoles de su periódico. En Inglaterra pudo conocer también las traducciones de las obras críticas y de análisis literario de Madame de Stäel sobre Alemania y de Augusto Guillermo Schlegel sobre el teatro; los escritos de Lord Holland y Robert Southey sobre España; los manuales de historia literaria española de Bouterwek y de Simonde de Sismondi... etc. Es decir, participaba del más puro romanticismo inicial, desconocido por entonces en España y asimilado por él gracias a su estancia inglesa. No puede sorprendernos, pues, que en los artículos de *Variedades* nos encontremos desplegada toda una teoría interpretativa sobre la literatura española, expuesta, eso sí, en un estilo sencillo y asequible, sin pretensiones eruditas, pero sumamente representativa de lo que era la sensibilidad del primer romanticismo europeo.

El primer signo de ese gusto romántico se percibe en los artículos dedicados a la Edad Media: los provenzales, *Ivanhoe* de Scott, los romances españoles antiguos, las crónicas y documentos, Jorge Manrique, la *Celestina*, el *Conde Lucanor*, la *Historia del Gran Tamorlán,* de Ruy González de Clavijo, etc. Blanco se afana en una operación redescubridora y divulgadora de ese material literario medieval. En ese sentido, su labor conecta con la de los eruditos dieciochescos. Pero estoy de acuerdo con Vicente Llorens cuando afirma que «esa atracción por la Edad Media no es la del «anticuario» del XVIII, exclusivamente histórica, ni se funda en motivos políticos, como la de los patriotas liberales» que, como Quintana, quieren ver en la vieja tolerancia y en el patriotismo medievales un ejemplo para el presente. Blanco, por el contrario, mira la Edad Media con ojos historicistas, con un gran sentido de la evolución de los tiempos, como una etapa esencial en la formación de la personalidad de España. En eso se anticipa, qué duda cabe, a las interpretaciones de Milá, Menéndez Pidal, etc., positivistas en la metodología pero románticos en la concepción de la literatura medieval como reflejo del ser nacional.

La literatura medieval reflejaría, según Blanco, la nota imaginativa y orientalizante de nuestra cultura. En esa línea considera que las mismas canciones de amor provenzales –base de nuestra lírica galaico-portuguesa– proceden de la lírica árabe (tesis que, como se sabe, se actualizó con motivo del descubrimiento de las jarchas). Cuanto tiene que hacer una selección de romances antiguos para publicarlos en *Variedades,* elige, sintomáticamente, los de tema morisco. En otro número del periódico escribió un artículo titulado, también muy sintomáticamente, «Sobre el placer de las imaginaciones inverosímiles», título que recuerda otro de Addison, pero que refleja muy bien el gusto romántico de Blanco por la ficción literaria: «El placer de las ficciones que nos transportan a un mundo imaginario, poblado de seres superiores al hombre y sujeto a otras leyes que las inmudables de la naturaleza visible, es tan natural y tan inherente en nuestra constitución, que no puede arrancarse del alma sino con violencia». Y en otro pasaje arremeterá jocosamente contra los que no entienden esa verdad: «Dícese –escribe– que un emperador propuso un premio para cualquiera que descubriese un nuevo placer. Si lo que intentaba era hallar placeres de un nuevo género, el programa debiera haber propuesto la invención de un nuevo sentido o facultad en el hombre; pero si su Majestad imperial se contentaba con los placeres conocidos, con tal que fuesen nuevos en su clase, la Imaginación de por sí hubiera bastado a satisfacer su apetito mental por mucho tiempo, con tal que desterrase de sus estados a cierta especie de críticos. El método que yo hubiera propuesto para esta *purificación* sería que a cada cual de sus Señorías críticas que se presentase a pedir el permiso de quedarse en el reino, se le contase un cuento de encantamiento tal como los que con la boca abierta me acuerdo que yo oía en mi niñez; o que se les pusiesen en las manos los cuentos árabes llamados *Mil y una noche*, de que igualmente me acuerdo que, cuando muchacho, leía a razón de tomo por día y si el dicho crítico bostezaba, o daña señal de impaciencia, por ningún título se le permitiese permanecer en el reino más de veinticuatro horas» *(Llorens, op. cit.).*

Tras esos críticos que bostezan o se impacientan ante la pura imaginación de los cuentos orientales Blanco alude en verdad a aquellos que defiendan a capa y espada el principio neoclásico de la verosimilitud. Frente a éstos, su mentalidad aboga por una verosimilitud moral y no física, por la defensa de la literatura como una convención estética, como una confidencia entre autor y lector. De ahí su interés por las narraciones del mundo oriental, patente en su bella obra sobre el alcázar de Sevilla; por los cuentos de don Juan Manuel, herederos también de los modelos orientales: por la *Celestina,* cuyos mayores efectos teatrales –dice– son aquéllos «que conducen y presentan la catástrofe». Y de ahí también su actitud frente a una obra como el *Quijote,* obra que para Blanco tiene dos caras, una positiva y otra

negativa. La positiva es su condición de libro serio, por la ambivalencia de la locura de don Quijote. «[Hay en ella] –dice– una dignidad que sólo una mente vulgar, ya sea la de una Maritornes, ya la de una duquesa, pude dejar de advertir y respetar». Locura, pues, respetable, que aleja el libro de la simple risa. En eso se anticipa Blanco al cervantismo moderno, al de los autores del 98, que ponderaron la grandeza simbólica del héroe y la calidad excelsa de Cervantes por encima de Lope y los dramaturgos del Barroco. «Véase la injusticia –dice Blanco– con que Lope de Vega se llevó al aplauso nacional, en tanto que Cervantes escribía para tener que comer, y casi pedía limosnas en sus prólogos». Pero la sátira de Cervantes contra los libros de caballerías vino a cercenar en parte –afirma también Blanco– la vena imaginativa de origen oriental que alimentaba la literatura española del pasado. Y aquí le salen a nuestro autor, frente a Cervantes, los más claros resabios románticos:

«La inmortal obra de Cervantes –dice– ...hizo que su nación viniese a caer en una apatía de imaginación que no da ni admite una vislumbre del fuego que el clima y los árabes le comunicaron en otro tiempo. Yo confieso que, a pesar de mi admiración del *Quijote,* he tenido por muchos años la sospecha de que sus efectos morales y literarios no fueron favorables a la nación española. Esa sospecha crece en mí de día en día».

No nos sorprendan estas reservas para con la obra inmortal. En verdad Blanco, en la medida en que ponderaba la literatura medieval, acentuaba sus reticencias para con el llamado Siglo de Oro, que a él no le parecía tan áureo. Con tal actitud se desmarcaba ligeramente de la moda romántica por la comedia nacional española. Así Lope le parecía descuidado y pobre en el trazado del carácter de los personajes, frente a la riqueza psicologista de Shakespeare. Pero se desmarcaba también de la mitificación del XVI llevada a cabo por los ilustrados, quienes consideraban a Garcilaso el príncipe de los poetas españoles. Por Garcilaso Blanco no siente demasiado entusiasmo. Su poesía la encuentra llena de «pasajes muy débiles y algunos sumamente defectuosos». La considera el origen del futuro culteranismo y el punto de partida de una práctica poética que a Blanco le parece perniciosa: la implantación de la métrica petrarquista, afectada y ampulosa –piensa– frente a la naturalidad y sencillez de la métrica octosilábica tradicional, la de los romances, o la de los versos de Manrique. Aquí el proceso estético de Blanco es parecido al que vivió el gaditano José Joaquín de Mora, competidor de Nicolás Bölh de Faber en la defensa de las formas clasicistas y más tarde, ya en el exilio londinense, autor de viejas leyendas españolas en verso y defensor a ultranza del viejo romancero. También Blanco se había iniciado en su juventud en el fervor herreriano, es decir, italianizante, del grupo de Sevilla.

Y con esto concluyo este breve recorrido por los gustos literarios de Blanco en su relación con la literatura española del pasado. Algo podríamos añadir también de sus juicios sobre los autores de su tiempo. Feijoo fue, como hemos visto, un escritor angular en su formación. A Jovellanos lo valora más como hombre que como escritor. A Leandro Fernández de Moratín le echa en cara, como no podía ser menos, su estricto seguimiento de las reglas aristotélicas para el teatro. Meléndez Valdés le parece más un «dulce versificador» que un importante poeta. Y al que más valora de todos es a Quintana, quien tuvo que luchar contra dos escollos: la escasa flexibilidad del idioma español para el verso, y la falta de libertad política. No obstante, y fiel una vez más a su ideal romántico, Blanco ve en su obra «muchos pensamientos profundos y sentimientos verdaderos». Pensamientos y sentimientos, las referencias centrales, en mi opinión, del discurrir ideológico y vital de Blanco. En una ocasión, con motivo de un homenaje que le tributamos en la Academia Sevillana de Buenas Letras, dije que Blanco era un apasionado de la inteligencia, que su poesía iba desde la reflexión a la pasión, desde el clasicismo de recuerdos herrerianos de su Sevilla juvenil a la pasión metafísica de los poemas de Liverpool. Algo parecido podemos decir ahora de sus juicios sobre la literatura. A la formación clasicista de su juventud se superpone, ya en Inglaterra, el conocimiento, todavía casi en agraz, del mundo romántico. Y esa experiencia fue fundamental para convertirlo de hecho en el primer crítico español que de manera más o menos sistemática aplica esa nueva óptica europea a las más importantes obras de nuestra literatura. Don Marcelino Menéndez Pelayo, que tan duro fue con la heterodoxia religiosa de Blanco, le reconoció, sin embargo, «el mérito de haber sido uno de los primeros iniciadores de la crítica moderna en España». Y en efecto así fue: Blanco fue ya un crítico en el sentido moderno, decimonónico, de la palabra. Perteneciendo, como había pertenecido, al mundo ilustrado, supo distanciarse de éste, superar la pura erudición, asimilar la modernidad romántica, y sentar las bases, junto a otros autores, de un nuevo enfoque de la literatura española que había de dar sus mejores frutos a finales del siglo XIX, en las obras de Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y la generación del 98. También en ese terreno de la crítica literaria Blanco fue una figura de vanguardia. Sólo que su obra, escrita en el extranjero, no tuvo de momento dentro de España la repercusión que sin duda hubiese tenido de vivir aquí. Pero justo es ponderar ahora esa modernidad crítica como una de las claves de su rica y polifacética personalidad.

Rogelio REYES CANO